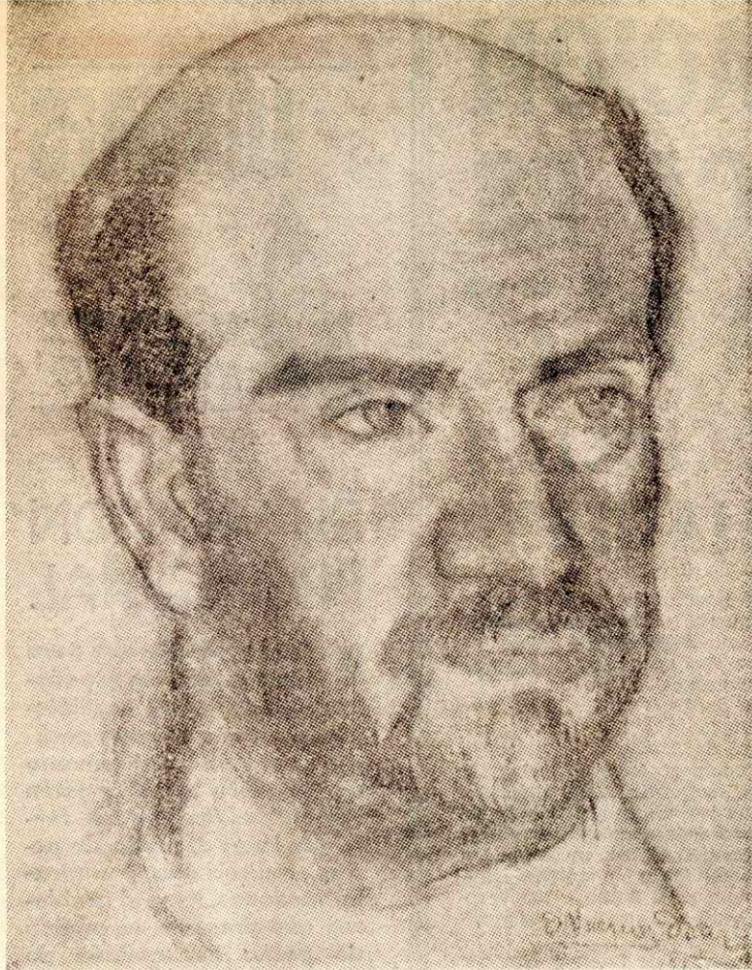


UN DIA CON BAROJA

Por Marino GOMEZ-SANTOS

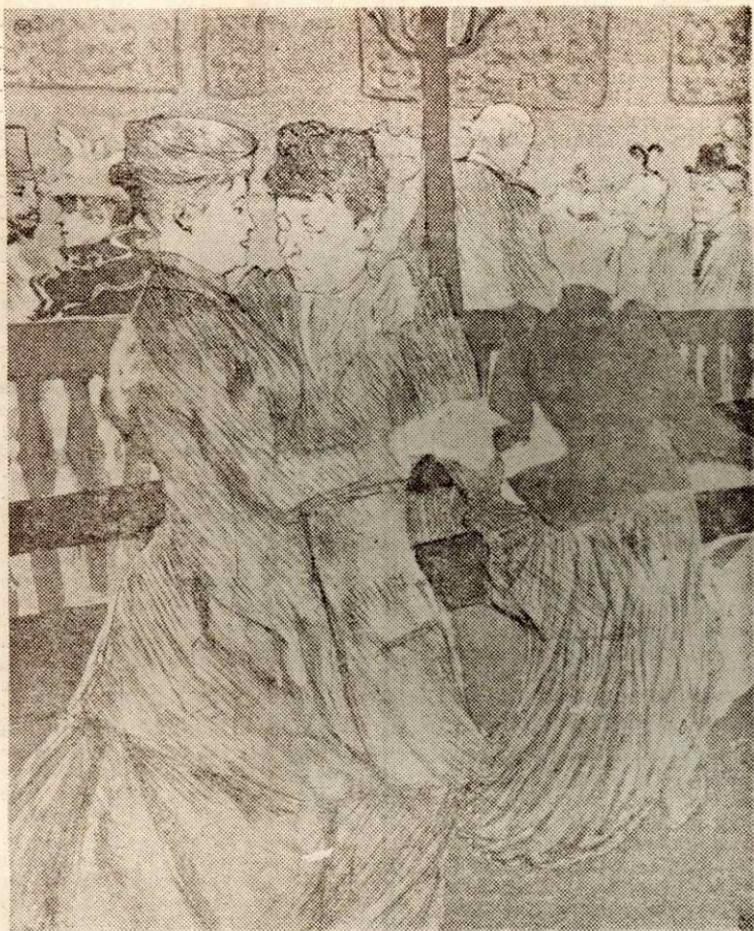


Cabeza de Pío Baroja, por Daniel Vázquez Díaz

to con los impresionistas, asegurándose unas preferencias que después corroboraría en sus largas visitas de 1906, 1913 y 1936-39: "De los pintores franceses modernos, los que más me gustaban eran Degas y Manet, sobre todo Degas y los paisajistas e impresionistas, Sisley, Van Gogh y Toulouse-Lautrec. Gustavo Moreau no me gustaba nada, y Puvis de Chavannes me parecía bien como decorador." Rodin sí le gusta, pero el Rodin del Museo del Luxemburgo. También le gusta Renoir, y algo de Fatin Labour. Carrière le parece un pintor influido por Velázquez y por los españoles. Degas, para Baroja, era el mejor pintor de la época, "no sólo por su saber, sino porque representa como ninguno su tiempo". El pintor franco-inglés Sisley le parece a don Pío el mejor paisajista del tiempo, y Van Gogh, el holandés (don Pío creía que los holandeses han hecho la mejor pintura de paisaje), le pareció una especie de poseído de Dostoyewski, que en vez de agitarse "en una zona viva y tumultuosa de utopías sociales, como los rusos, se agitaba como la gente occidental de Europa

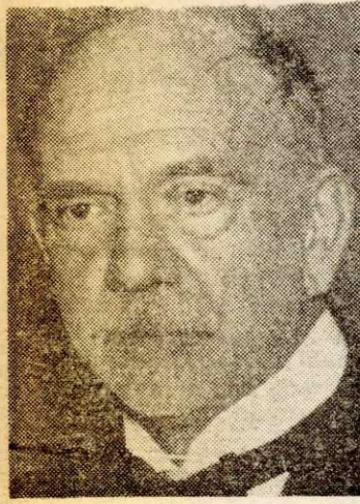
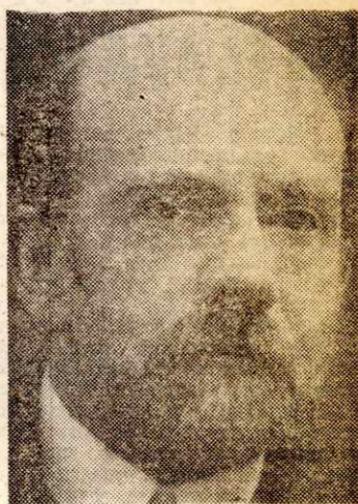
en el ambiente viejo y caduco del arte".

Un largo capítulo merecería la atención que dedicó Baroja a sus amigos Regoyos y Echevarría, pero esta asomada breve a los gustos artísticos de don Pío no da para más. Se podría hacer un libro de Baroja con sus opiniones sobre arte, a base de sus estudios en torno a los cuadros de El Greco, sus viajes a Italia, a Londres y París, su trato con los pintores españoles de comienzos de siglo. Este libro, sistematizado, nos descubriría a un Baroja poco conocido, cuyos juicios estéticos posiblemente encontrarían un eco actualísimo entre la gente joven principalmente. Baroja, en Italia, se admira, se irrita y se ríe. Le entusiasman los primitivos, le dejan frío los grandes romanos; el Vaticano, en general, le parece una cosa desmesurada y gesticulante. "Aquí—dice en la galería de los Uffizi—el fuerte y sereno Velázquez haría el efecto de un Hércules en medio de damas; las genialidades de Goya serían como carcajadas de Falstaff entre los sueños de Ofelia."



"De los pintores franceses modernos, uno de los que más me gustan es Toulouse-Lautrec, y Sisley, Manet, Carrière, los dibujos de Forain, Willette, Leandre, las estampas de Steinlen..." (P. B.)

DURANTE los últimos cinco años de su vida, don Pío Baroja permaneció recluido en casa. Su avanzada edad le obligaba a vivir de una manera sedentaria que soportaba con resignación, entregándose a la tarea de escribir, por procedimientos cuyo desarrollo resultaba ciertamente pintoresco. Humillaba la estilográfica en el tintero, y para tachar líneas manuscritas solía utilizar pinceles finos de acuarela mojados también en tinta. "¡No comprendo cómo se gasta tanta tinta en esta casa!", solía exclamar para sí mismo cuando comprobaba que el tintero había descendido de nivel.



Si deseaba añadir líneas a un texto manuscrito, pegaba en los márgenes de la cuartilla una o varias tiras de papel, en las que escribía doblándolas después hacia adentro. Al ser desplegadas para ser leídas, semejaban grandes girasoles.

A intervalos interrumpía la labor para tumbarse en un sofá, desde donde hablaba con el gato: "¡Y tú ahí, soñoliento, tumbado junto al chubesquí! ¡Rentista, que eres como un rentista!"

Gustaba escribir con el auxilio de mapas de París, si es que la acción de la novela ocurría allí, como en aquella última época en que le recuerdo. Entonces la búsqueda de una calle constituía para él una pesquisa apasionante, muy similar a cuando le asaltaba la duda sobre la manera de escribir correctamente alguna frase en su lengua vasca.

A ratos también consultaba el reloj de péndulo: "¡Hay que ver cómo se va la mañana!", decía al tiempo que se frotaba las manos con fruición, quizás porque ello le hacía desear el encuentro con los sobrinos en la mesa. El diálogo y los buenos alimentos animaban el ánimo del gran vasco aun en aquellos años.

En su larga vida de solitario, aquellos últimos años de confinamiento doméstico fueron para Baroja la época de mayor popularidad y compañía. Su casa de Ruiz de Alarcón permaneció abierta a la curiosidad de estudiantes, escritores, tipos raros y curiosos, que animaban las horas bajas del anciano novelista.

El mismo solía abrir la puerta a las visitas, con cierta cautela. A veces preguntaba a través de la mirilla, porque de sus años de juventud en Madrid le había quedado una impresión sombría producida por frecuentes casos de violencia que se divulgaron después en folletines y carteles de ciego. "Es un viejo, saben que está uno solo y puede dase el caso de que le aticen a uno un palo pensando en robarle."

Por aquel tiempo padecía de insomnio y, aunque empleaba barbitúricos en altas dosis, el sueño no le dominaba hasta bien avanzada la mañana, así es que durante la noche se entretenía en leer sus propias Obras Completas, de las que apenas recordaba nada. "Este sobrino del boticario—le oímos comentar en voz alta, para sí mismo, en cierto ocasión—es un pícaro que no piensa más que en la posible herencia. La descripción de Córdoba, con trazos así como impresionistas, no está mal."

Durante la tarde escribía, algunas veces, hasta las seis, en que suspendía la tarea para tomar una taza de té y fumar un cigarrillo. Casi inmediatamente comenzaba a llegar gente que muchas veces don Pío apenas conocía.

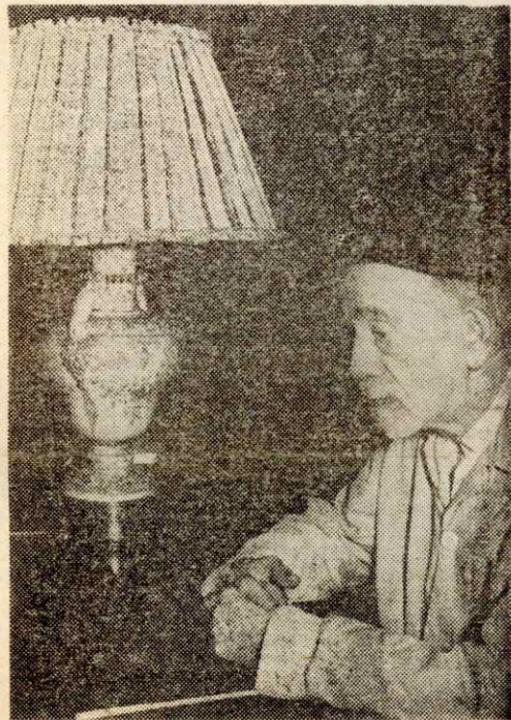
—¿Usted es el estudiante de Derecho que que tiene a su familia en Navarra,

—No, no, don Pío. He venido a Madrid para patentar mi último invento.

—¿Y qué ha inventado usted, pues?

—Unas gafas para soñar en color, en vez de en blanco y negro.

No resultaba difícil preesnciar diálogos de esta naturaleza en aquella casa a la que acudían tipos curiosos, un tanto barojianos, como el anciano doctor Val y Vera, que ejercía la especialidad de "Piel y enfermedades venéreas" en su consultorio del viejo Madrid. Una noche llegó a la tertulia más animoso que de costumbre: "Querido don Pío: vengo a despedirme porque mañana inicio un largo viaje por Italia." Baroja creyó al principio que se trataba de una broma del doctor, hasta que éste aclaró: "He ganado un concurso en Radio Madrid y el premio es un viaje por



Italia. Cuando regrese le contaré cómo ha resultado la representación de "Un ballo in maschera", que presencié en el teatro de la Scala de Milán."

Aunque los médicos que solían ver a don Pío en sus pequeños problemas de salud eran los doctores Marañón y Arteta—este contertullo asiduo—, Baroja consultaba al doctor Val y Vera acerca de dolencias molestas, aunque intrascendentes.

—¿Es que no ha llegado usted a autodiagnosticarse?—le preguntamos en cierta ocasión.

—No; esa responsabilidad de emitir un diagnóstico, sea para un paciente o para mí mismo, me ha producido siempre inquietud. Además, no confiaba demasiado en la terapéutica, de manera que solía recetar la mitad de las dosis que se aconsejaba comúnmente. He pasado muy malos ratos en el ejercicio de la profesión, sobre todo cuando he asistido a partos. Algunas presentaciones difíciles me hicieron necesario el empleo de fórceps y esto me impresionó profundamente.

Recordaba Baroja el caso de una parturienta con una hemorragia tal "que la sangre había empapado el colchón, atravesado el suelo y hecho un charco en el portal del caserío".

Después de haberla asistido, Baroja salió del caserío con el convencimiento de que dos o tres horas después estaría muerta. A los quince días, cuando el médico rural paseaba por las inmediaciones del pueblo, advirtió a aquella mujer que trabajaba en medio del campo con una azada. A corta distancia se hallaba el recién nacido, solo, colocado sobre una tela sucia.

—Entonces—nos dijo don Pío Baroja—comprendí que mis condiciones para el ejercicio de la Medicina no eran así como excepcionales y que quizás podría dedicarme a la literatura, con lo cual no perjudicaría a nadie.

Pero tampoco el ejercicio de las Letras le había resultado ventajoso a don Pío Baroja, que vivió durante más de medio siglo trabajando en la sombra, sin haber conocido el gran éxito hasta pocos años antes de su muerte.